Capítulo I

En la cuarta década del siglo XX el barrio sanjuanero de Santurce crecía, aunque, también es cierto, un tanto irresoluto entre la ciudad y el vecindario. Quizás era por esto que aquel hombre sesentón, con barba rala, chiva un tanto expiatoria –por lo desordenada y repintada–, bigotes de punta al ojo, parecía indeciso entre la excentricidad y la locura. De todos modos, en su ceño era fácil reconocer que a este hombre sólo le quedaban expectativas o ansiedades –de las que hablaremos aquí–, quizás ninguna esperanza. Es como dice mi planchadora: "El que nació para el martirio, le llueven clavos del cielo".

Antonio Paoli, quien una vez fue descrito como "tenor de reyes, el rey de los tenores", solía caminar de su casa, en la calle Europa, a la tertulia del restaurante El Chévere, todos los días de Dios, justo a las 11:30 en punto. Casi siempre vestía traje blanco de dril, chaqueta azul o gris de rayadillo los miércoles y viernes –nadie sabía por qué–, y blandía su bastón de empuñadura de plata a la Johnny Walker, por cierto, con algún "panache" parisino; ése era su lado más benigno, ello a pesar de que apretaba la empuñadura, con la cabeza de león en plata, con mucho de rabia; quizás alguien, a lo mejor él mismo, lo consideraría un hombre capaz de cometer cualquier desatino. La excentricidad sería más fácil adivinarla, posiblemente se evidenciaba en aquel semblante

altanero, la gran cabeza echada atrás y un poco ladeada. Era un hombre que se había resignado a la rutina de aquella mediocridad tardía, inesperada en estos momentos quejumbrosos; según él, toda su vida había sido un ascenso a la fama continental y un descenso a la indiferencia de sus compatriotas isleños; soñaba con Europa y vivía en Santurce, un barrio de San Juan, ahí colocado en las ardientes coordenadas antillanas. Éstos, y su afición a los gallos de pelea, eran los temas que sus contertulios apreciaban con ese tono medio de ironía que suelen afectar los más débiles, o los menos agraciados en talento por los dioses, se repetía él caminando cuesta arriba, hacia el semáforo de la Ave. Ponce de León, esquina Avenida De Diego, el sitio de su convocatoria diaria, ahora mismo impostergable.

Acercándose a El Chévere, sintió aquella leve aprensión de siempre que nunca se convertía del todo en temor, o ansiedad. Aunque, bien que lo supo siempre, no había duda… y aquella imagen que lo asaltaba, una y otra vez, cuando se acercaba, sé que era precisa, porque acercarse a aquella peña de amigos unidos por el ocio y la ironía era como ir a colocarse frente a un pelotón de fusilamiento; no había remedio en esquivar los tiros, de todos a la vez o en secuencia; el único consuelo era que, siendo todos varones –la poetisa Julia de Burgos acudía esporádicamente–, así huía de aquellas pelotas de estrógeno malogrado en que se habían convertido las mujeres de su casa. Don Antonio estaba solo sin tener vocación de solitario; su narcisismo se lo impedía, su vida interior consistía en las adecuaciones de su ego al provincianismo que le había tocado como destino. Aquella obsesión, su tragedia, era única e indivisible. Aun así, había en don Antonio cierta noble soberanía, una estoica ecuanimidad. Ahora bien, y de todos modos, la entrada a la tertulia siempre era más benigna que la salida. A veces fantaseaba con masacrarlos a

todos, cometer algún crimen ejemplar con cuchillo, navaja o bisturí.

Era sábado y casi estaba obligado a asistir. Allí estaría Palés, "el bardo de Guayama", quien era diestro en mortificarlo, como nadie que él conociera; siempre le recordaba, ya en el saludo, sus penurias hogareñas. Él ripostaría asegurándole que ambos estaban mal casados, y sin remedio. Ambos padecían la pendejez del varón antillano y clasemedianero una vez cumplidos los cuarenta. La mujer de Palés aventajaba a la suya, en todo caso, en aquella manía de fastidiar hasta los límites de la sequedad vaginal, quizás en el fino cultivo de su condición mandona, o la indiferencia pétrea al tomar el desayuno. Cuando Palés le hiciera el acostumbrado comentario sobre la testosterona, él le comentaría que la suya estaba bien, el problema era "la de tu mujer, Luis, ya estás pa' pegarle cuernos o divorciarte". Palés era capaz, entonces, de remontar alguna grosería, como asegurarle que todavía, cuando se sentaba al inodoro, los huevos no le llegaban al agua, como a él. Don Antonio le echaría en cara, como otras veces, que el poeta era de campo, que cuando llegó a San Juan aún confundía la mantequilla con el queso. Se acercaba al portal de El Chévere y ya se sentía don Toño como aquel boxeador que una vez quiso ser. Palés era diestro con la burla, ese remedio de muchos tímidos, esa consejera del imprudente, el muy incordio… Sólo lo sacaba de quicio, pero sólo un poco, cuando confundía las ambiciones de toda una vida con las pretensiones del iluso. Entonces Palés era capaz de perturbarlo.

Lloréns Torres era un espíritu menos complicado, porque sí, simplemente era arrogante, un poeta narcisista sin visos trágicos. También era capaz de la procacidad, su línea favorita de entrada al ingenio de Paoli era preguntarle sobre cómo iba con su alumna joven y aventajada, la mezzo

soprano del "canto bello". Todos se reían por la ocurrencia de aquel hombrón pegado a una papada, aunque entonces fuera fácil ripostarle, porque bastaría con recordarle sus ejecutorias de viejo verde y acechante, los trajes blancos de dril desgastados en las mangas, o felicitarlo por alguna de aquellas corbatas de seda, demasiado cortas, que le colgaban sobre el vientre rotundo, guindalejos floripondios y mareados. Además, quién era él para sermonearle discreción con las jovencitas cuando todo el mundo en San Juan sabía de sus patéticas asechanzas a reinas de carnavales y ganadoras de juegos florales, ocasión para versos cursis que sólo provocaban risitas y paveras en las jóvenes pretendidas. Lloréns era un trepador social con una vocación específica para el ridículo. Se había convertido, de acuerdo, un poco como él mismo, y en eso estaban hermanados, en prisionero de su propia imagen. Le gustaba recordarle a Lloréns cómo el país entero estaba repleto de abogados poetas con la ilusión de cultivar la belleza. Lloréns entonces le replicaría, con aquella desfachatez del derrotado, que sin poesía no era posible seducir, lograr "el canto bello". Era el desaliento, concluía Paoli, el germen de aquel cinismo. Ambos, entonces, se mostraban sorprendidos, perplejos, como si algo no visto, y contenido en el juego de palabras, se les escapara.

Fernando Sierra tenía como virtud una soltería sin asomo alguno de preferencia sexual. Era un misterio el gusto amatorio de aquel hombre cuya excentricidad menor sería su bastón con empuñadura de plata, el mismo que una vez se cayó por la reja de una alcantarilla barcelonesa, sólo para ser rescatado milagrosamente por la chanza y chacota de una turba de transeúntes, que voceaban que aquel bastón era lo mismo el perteneciente al conde de París que al marqués de Santurce. Fernando sobrevivió aquel "pachó", semejante "embarazo", con una sosera antillana. Y aquel bastón era rival

sinécdoque para la petulancia de don Antonio: gustaban los contertulios de comparar el paso de cada quien con sus respectivos bastones. Fernando decía que Paoli lo blandía más como carcamal gotoso que como Johnny Walker. Paoli aseguraba que el bastón de Fernando, que marcaba sus pasitos cortos y afectados, bien representaba alguna que otra añoranza fálica "en el reino del culipandeo". En ánimo de humillarlo, porque sólo un lengüilargo sería capaz de semejante insinuación, Fernando corregía continuamente el español de don Antonio, tan intervenido y afectado por las arias de Verdi y Puccini. Paoli gustaba advertirle que su español era continental, cosmopolita, mientras que el suyo era español de estirpe dominicana, en alusión a que Fernando, que también era abogado con pretensiones, vivió en Santo Domingo y fue admitido, más con bombos que con platillos, como miembro de la Academia Dominicana de la Lengua Española, una de las más conservadoras, puristas y parejeras de toda Latinoamérica. Paoli le criticaba –imitándolo con gracia que era celebración de todos– aquellas zetas castellanas por todas las "c" pronunciadas con la universal "s" antillana, afectación buena para los alcaldes pueblerinos de la frontera con Haití. Fernando arremetía, señalándole a la concurrencia que aquel lingüista "cayuco" era más jíbaro que león de Ponce, jamás enterándose de la diferencia entre la r y la l al final de sílaba. Eran, sin embargo, don Antonio Paoli y Fernando Sierra, dos pedantes unidos por aquel singular emblema: el bastón era gracia y estilo para dos hombres tristes con afición gregaria, el alarde increíble, imposible, de dos solterones –uno de ellos soltero por frigidez de su mujer– con exceso de semen y fantasías erógenas.

El quinto contertulio era Tite. Estudió Arquitectura en Harvard y ahora sueña con diseñar el armario perfecto. Cuando se le pregunta para qué serviría su armario, nos ase-

gura que será "multiusos y de ensamblaje modular". Es fácil ponernos entonces en guardia ante la posibilidad de una jerga profesional. Ha sometido diez módulos a la oficina de patentes en Washington, sólo para descubrir, siempre, que su armario ya ha sido inventado en Suecia, y, cuando no, pues en Dinamarca. Ésta es casi siempre la entrada de don Antonio con Tite, el más vulnerable de todos ellos, justo porque también estamos ante el menos elocuente. O, simplemente, y un poco siguiendo a los otros, Tite le pregunta por sus contajes recientes de estrógeno y testosterona –la obsesión del Dr. Beascochea, pionero en esas pruebas–, Paoli le asegura que los de su mujer, la de Tite, mal y los de su suegra peor. Es conocido que Tite está casado con una mujer adicta a los hipnóticos; mientras esta duerme, la suegra, que vive con ellos en la parada veintidós, lo tiene de "muchacho de los mandados". Tite proclama –como si a alguien le interesara– que el modernismo arquitectónico jamás ha llegado a Puerto Rico, y que el estilo californiano de don Rafael Carmoega vale menos que los bizcochos de boda de don Adolfo de Castro. En 1929, a los veintisiete años, había llegado tercero en el concurso del Faro a Colón en Santo Domingo. Fue su mejor momento. Desde entonces sólo ha diseñado para sus contertulios mayores y sus mujeres adictas, una al sueño y la otra a la vigilancia del varón. Vive con un leño de dormidera y una gorgona; El Chévere es su única oficina y su verdadero hogar. Quién se casa, díganme, con esos auspicios. Soltero maduro maricón o sabio seguro.

El portal de El Chévere siempre fue la primera seña de su inestabilidad en lo tocante al gusto. Eran dos hojas de caoba, macizas, con sendos cristales biselados. En ambos cristales la rotulación revelaba cierta afición reciente por el estilo art déco. Decía Paoli que aquellas letras, en el peor estilo Normandie de don Félix Benítez Rexach, resultaban ilegibles,

que se dejaran de pendejadas. Tite las favorecía y agregaba que las antiguas letras góticas sobre la entrada sí que eran un reto para el entendimiento, que el sitio siempre se encontró más por su notoriedad que por su letrero. Tite aseguraba que el infeliz artesano de Puerta de Tierra que diseñó aquel adefesio de la rotulación seguramente consultó a "Don Rafa" (Carmoega). La agudeza de aquel comentario de Tite pasó inadvertida para los otros contertulios, todos letrados de las leyes o la poesía, nunca entendidos en la rotulación.



Si algo tenía de llamativo El Chévere era aquel piso; consistía de un tablero de ajedrez de blancas y negras, que le daba al lugar, según Paoli, la distinción de un café vienés de finales del siglo XIX. Ninguno de nuestros contertulios jugaba ajedrez, eso me consta, por lo que todos se abstenían de hacer comentarios sobre el piso, omisión la verdad que notable para sus bien atildados ingenios. Las paredes eran otra cosa; fueron redecoradas con lámparas art déco parecidas a las del recién inaugurado cine Metro. Decía Lloréns que las que

sobraron en la decoración del cine, don Chago –el administrador de El Chévere– las compró a remate. El salón comedor tenía mesas cuadradas y redondas, todas vestidas con manteles de hilo. Las sillas eran Thonet y, según don Chago, traídas directamente desde París. Palés, quien conocía muchos restaurantes y barras de aquel San Juan de los cuarenta, aún provinciano, aseguraba que eran las viejas y usadas de La Mallorquina, que habían llegado a El Chévere cuando remodelaron el afamado restaurante sanjuanero, fundado el año de la "Revolución Continental", según palabras rimbombantes de Paoli, es decir, en 1848. Don Chago había amueblado aquel restaurante, indeciso entre el café vienés y una cafetería en Miami, con un mostrador de banquetas giratorias y unos "booths" o "privados", mesas de asientos corridos al modo del "diner" americano. Al fondo, a la izquierda, estaba la mesa rectangular de los contertulios; justo daba a una pequeña barra que era, según Tite, "la región más opaca" y alcohólica, cuyos neblinares se separaban del resto del salón mediante un gran biombo que Palés llamaba "el iconostasio". Al fondo, detrás de las estanterías de botellas, estaban las puertas a dos hojas de la cocina con sus escotillas, por lo que el ingenio y la inteligencia de los contertulios estaban marcados por aquella actitud cascarrabias de los mozos, hombres mayores casi todos que bien arrastraban los pies cuando cargaban –el paño siempre puesto sobre el antebrazo– los asopaos, las mechadas y las cecinas.

Detrás de la estantería de botellas estaba aquel mural en que aparecían caricaturas de los contertulios lo mismo que efigies de compositores y artistas que frecuentaban El Chévere, desde don Pedro Flores y Davilita hasta el compositor culto José Enrique Pedreira. Paoli protestaba de que en aquel mural faltase Daniel Santos; Tite aseguraba que en su caricatura él lucía como el más pendejo, Fernando vivía orgu-

lloso con el hecho de que era el único sonreído mientras Palés parecía asustado, como si la mujer lo estuviese llamando "con voz de tota seca", decía Tite. Lloréns, el único de pie, parecía mirar al pintor –quizás pensó que se trataba de una cámara– con la tristeza de quien tiene contados los años, al menos las semanas, quizás no los días. Todos vivían temerosos de haber ya zarpado en la nave del olvido. Don Toño aparecía a la izquierda, abajo, sentado y con el perfil levantado, la mirada perdida, fija, ensimismada, sin duda aterrada.

Fue Palés, como siempre, quien primero habló:

–¡León de todos los rumbos, cómo te va, pareces cansado, te ves cansado, como si hubieses cantado un aria a dos huevos… –el humor de Palés era así, un tanto rústico, como marcado por el pueblo pequeño.

–Son las pejigueras de la edad, no es otra cosa… ¿ustedes duermen bien?, o mal… no sé si algo a estas alturas; no estoy durmiendo bien, saben… –contestó Paoli, como atenuando, en lo posible, aquel ingenio que, por alguna razón misteriosa, se sentía llamado a una elocuencia agresiva.

–Es que presentimos el gran sueño, y nos resistimos… –Lloréns añadió, con esa procacidad que siempre usaba para atenuar su tono rimbombante, sentencioso–: Si no fuera por la flatulencia, que hasta me asusta, y a veces me despierta, dormiría como un jodido bebé. Los viejos dormimos poco.

–Exceso de versos cursis, pocos litigios, ¿de dónde diantres sacas la plata para vivir con tanto ocio y "panache"? –comentó Fernando, a lo que Paoli se apresuró a corregirle la pronunciación de "panache". Don Antonio se preciaba de tener la dicción perfecta del cantante lírico. Palés le tiró una trompetilla.

–De todos ustedes –aseguró Lloréns– soy el que más quincenas ha acumulado para pensionarse, y también para el bendito "social security", déjense de pendejadas.

Tite no podía quedarse atrás, aunque, más adelante, reconoceremos la ternura entre estos hombres; algo del machismo de estas latitudes antillanas los obligaba a aquella alegre chacota, tan juvenil, como si fueran hombres con poco futuro y que no cuidan su presente con delicadeza, como si tuvieran aún ese derroche de personalidad que caracteriza la juventud. Según ellos, y en expresión característica de estas latitudes, "pasaban el macho"; de eso fui testigo.

–Estamos condenados a sufrirnos con la paciencia y el desdén de los viejos matrimonios; es aterrador –señaló Tite.

–Más bien con el sentimentalismo que un día sorprende a los viejos –repuso Fernando, un poco para sí, casi ensimismado.

–La noticia de hoy es el viaje de Luis –aseguró Lloréns.

–Y, ¿a dónde viaja esta piedra en pozo, este bípedo del paisaje cangrejero? –preguntó Paoli. Era, qué duda cabe, dado el ingenio obligado de la tertulia, una alusión al poema de Palés Matos titulado "El Pozo", que don Antonio gustaba declamar bufamente para fastidiar al otro.

–A las mismísimas quimbambas… –cuando dijo esto, Lloréns repitió la palabra "quimbambas" tres veces, separando con énfasis las sílabas. El oficio predilecto de Lloréns, en aquellas alocuciones a cinco voces, eran los acentos, más bien los énfasis.

–No exageres, ni te burles, que esa tierra tiene más peso que el jodido Valle de Collores ese que cambiaste por las pícaras quinceañeras de la "high hóyetin", que siempre terminan burlándose de tus pretensiones… le pasa a los trepadores sin dinero, sabes… –Palés añadió esto último con una rabia que lo asustó; se le notó en el semblante. Luis, el otro Luis, era como su hermano mayor. ¿Por qué lo trataba así? Fue un momento de suspenso, aquel en que esperábamos la tormenta y amainó la lluvia:

–Sin ofensas, poeta, sin ofensas, baja la guardia –intercaló don Antonio, y justo con aquella severidad que le otorgaban los años y creerse, sin el concurso de nadie, que era el máximo árbitro de la maldita tertulia.

Había algo en el semblante de Palés que lo distanciaba, aunque sólo fuera un poco, de sus contertulios. Todos eran caballeros urbanos. Ahora bien, Palés nunca pudo despojarse de aquel talante pueblerino; la barba siempre lucía, lo mismo que a las seis de la tarde, aquella sombra de tocones; era una barba "celtíbera", decían los otros y, para colmo, y prematuramente, quizás a causa del mucho alcohol, de "darse tanto el palo", los músculos faciales se le habían vuelto flácidos, algo colgantes. El bigotito triangular, que remataba su ápice debajo de las fosas nasales, apenas le otorgaba la gravedad de un "señor". Palés, más que un señor de pueblo pequeño, parecía un "hombre" del pueblo, quizás un tendero o dependiente, alguien destinado a pasar, en todo caso, la vida entera despachando tras un mostrador. Sus ojos, excesivamente negros y pequeños, acentuaban aquel aire de casi vulnerabilidad rural. Hubiese agradecido algo de calvicie para iniciarse en el señorío urbano. Pero Palés siempre ostentó aquel cabello ondulado y grueso. Palés era el reverso del "señorito" peninsular, la contrafigura de nuestros "blanquitos" antillanos.

–Es un viaje por el Caribe, por las islitas… en el yate de un amigo de Muñoz, de alguien ahí, no sé muy bien… Uno de esos cangrimanes que él cultiva por la política.

Aprovechó Lloréns para ripostar:

–Ya era tiempo, compay gallo, siempre escribiendo sobre el Caribe sin haberlo visitado, sin haberle ligado un bigote público a una de esas negras de que tanto escribes, la tembandumba esa mentá… Mira que si no vas te va a pasar como a Juan Ramón Jiménez, que siempre está y que hablando y